

---

# Presentación

## Un resultado, distintas interpretaciones

Se dice que México es el país de los sufragios (ahora efectivos, aunque sin reelección aún). Que de tanto buscar la democracia nos quedamos celebrando elecciones. No es del todo exagerada esta impresión: ya sea para el país en su conjunto o para una región en particular, lo cierto es que casi de forma permanente hay alguna elección en puerta; para renovar la presidencia de la república o las alcaldías de algunos municipios, la mayoría de las elecciones en México tienen su propio calendario. Si algo caracterizó a la década de los noventa en el ámbito político, fue precisamente la insurrección electoral. Más que ningún otro, las boletas fueron el principal instrumento de cambio de los últimos años en nuestro país; prueba de ello es la alternancia política que se produjo en las urnas el 2 de julio, fecha que ya constituye un parteaguas en la historia contemporánea de México. En esto no hay discusión. En lo que no existe acuerdo es en la interpretación del 2 de julio. Mientras que para unos es punto de partida, para otros es de llegada. Por eso resulta útil hacer una revisión de las pasadas elecciones, pero no unívoca ni desde una sola óptica, por el contrario, el presente número de *Reglones* busca ofrecer al lector una serie de ensayos que, desde las más diversas perspectivas de análisis, permitan un entendimiento más completo de las causas y consecuencias de esta fecha.

¿Qué fue lo que provocó la derrota del Partido Revolucionario Institucional (PRI)? Para algunos, las derrotas del PRI se explican más por la rupturas internas del propio partido que por los triunfos de la oposición. Además, buscar la explicación de esta derrota priista en factores coyunturales sería equivalente a ignorar décadas de historia política. La explicación al 2 de julio no es sino la crónica anunciada, resultado de una larga acumulación de errores, desgaste y abuso de un régimen autoritario. Sin embargo, este régimen autoritario permitió una cierta gobernabilidad que ahora, con el cambio, tendrá que reinventarse en un marco de pluralidad y cambio constante. Para este nuevo marco institucional, se plantean la búsqueda de salidas inéditas, imaginativas, como podría ser la creación de un sistema semiparlamentario para México.

Entre las razones para explicar el cambio político mexicano hay quien destaca un aspecto fundamental de la vida política mexicana: el desmantelamiento paulatino del sindicalismo oficial que hasta hace poco significaba el mayor bastión electoral de los gobiernos emanados del PRI. En efecto, la desarticulación corporativista del priismo, en particular la sindical, se produjo a raíz de los cambios económicos derivados de las severas crisis económicas que enfrentó el país en las últimas décadas.

Para otros analistas, la transición a la democracia mexicana no ha sido una transición pactada sino votada. Lo que empezó conociéndose como el voto útil terminó siendo un voto razonado en favor del cambio. Sin restarle importancia a las contribuciones que los partidos y demás actores

---

políticos hicieron al proceso de transición democrática en México, fue relevante la participación ciudadana, que se expresó al acudir a las urnas, para determinar el resultado de la elección del 2 de julio; fueron los ciudadanos, más que ningún otro actor, quienes hicieron el cambio en las urnas. Al margen de la identificación partidaria y de otros estudios sobre el voto, la elección presidencial adquirió un carácter plebiscitario que delineó dos opciones casi antagónicas a las que se enfrentó el elector al momento de entrar a la mampara a expresar su voto: la permanencia o el cambio. Sin embargo, se advierte sobre los riesgos que significa que los votos de la oposición, ahora el PRI y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), sumados aritméticamente —que no políticamente—, sean más que los del partido ganador. El dato es por demás contundente: más de la mitad de los mexicanos no votó por Fox. La alternancia se logro con una mayoría relativa que no alcanzó la mitad mas uno de los votos o, si se prefiere, sin una mayoría clara, que es aún más delicado.

Los ciudadanos definieron la elección presidencial. Por millones se manifestaron de diversas maneras para apropiarse de la elección. La hicieron suya, la ciudadanizaron. Aunque se trató de comicios “limpios”, la labor de observación electoral fue igualmente importante en cuanto a que se reforzó la vigilancia de los cientos de procesos que supone la organización de una elección para que resulte transparente y creíble.

En esta misma veta de reflexión, hay quien va mas lejos al señalar que hoy existe una crisis de representatividad tal, que la participación social ha aumentado de manera sensible. Sin embargo, se destaca que este aumento en la participación no necesariamente ha significado una mayor participación cívica, educada. Muchas veces se confunde participación con movilización. La ciudadanía no se tiene al nacer: se adquiere con la educación.

La alternancia fue el punto y aparte del largo capítulo de la transición. México es una democracia, incipiente si se quiere, pero democracia al fin y al cabo. Sin embargo, hoy advierten que contar con un gobierno electo en las urnas no significa que vaya a gobernar en forma democrática. Ahora, la discusión central en la ciencia política no es quién gobierna sino cómo gobierna. En un régimen democrático, donde unos ganan y otros pierden, donde la alternancia es común, no importa quién esté en el poder sino cómo ejerce el poder.

La pregunta obligada es por qué tuvo que pasar tanto tiempo para que se lograra esta alternancia. Uno de los caminos sugiere que en el gradualismo podemos encontrar la respuesta. Sin tener en pleno orden sus credenciales democráticas, en política México fue candil de la calle y oscuridad en la casa. La ambigüedad del régimen, que oscilaba entre la democracia de fachada y la dictadura perfecta, dio por resultado una transición previsiblemente atípica, única en el mundo. Una de sus señas más particulares fue la lentitud del cambio. Una lentitud que, de manera paradójica, permitió la madurez política; atributo indispensable de toda democracia, que hizo posible no sólo la alternancia sino que el cambio se diera sin sobresaltos, con civilidad.

Finalmente, hay quien hace una reflexión: poco o nada ha cambiado después del 2 de julio para los de a pie. Poner la cruz en una boleta no es suficiente para hacer el cambio que el país requiere. El 2 de julio, más que una fecha de arribo, representa un punto de partida. Se logro sacar al PRI de Los Pinos. Ahora habrá que sacarlo del imaginario colectivo de los mexicanos. Construir un país tolerante en la diversidad, tendrá que ser, nos sugieren, una tarea prioritaria de todos.